

Gerbasi, el ciudadano

Gustavo Jaén

ME llenó de emoción la noticia aparecida en este periódico donde se informa de la inauguración de una plaza, al final de la avenida Panteón, con el nombre de Vicente Gerbasi, así como las palabras de doña Alicia Pietri de Caldera, al manifestar que "Vicente Gerbasi, poeta, periodista, diplomático, hombre de letras, doctor *honoris causa* de varias universidades, es uno de los creadores venezolanos más importantes del presente siglo".

Por sobre los lomos del Cabriales navegaban los primeros años de la década del treinta cuando conocí a Vicente Gerbasi en Valencia. La ciudad era una población todavía adormecida en los años de la época poscolonial. En el ambiente poético la escena la dominaban Julio Augusto Ximénez, quien llegó de París haciendo y recitando versos de un surrealismo alucinante y José Ramón Heredia, trujillano avecindado en Valencia, buen poeta como siempre y a ratos guitarrista y experto profesor de esgri-

ma. Ahí en ese ambiente conoció Vicente a Otto De Sola, su amigo de toda la vida y en buena parte ductor de su cauce poético. Los presentó Felipe Herrera Vial, ese heraldo de la poesía carabobeña.

De Vicente Gerbasi como poeta se ha hablado mucho y bien. Ha sido traducido a varios idiomas y estudiado y alabado por la mejor crítica universal. Puede decirse que *Mi padre, el inmigrante* es un clásico en la poesía venezolana de todos los tiempos. En cambio, de Gerbasi el ciudadano se ha hablado poco y por eso creo conveniente aportar algunos detalles de su vida cotidiana.

Vicente era un hombre a quien le preocupaba mucho el destino de Venezuela. Cuando la trastada perezjimenista, no lo pensó dos veces para renunciar a su cargo diplomático y agarrar su maletín para vender bienes raíces, o publicidad, según el caso. Una vez Hernani Portocarrero y yo lo encontramos en Radio Continente con su sonrisa de amigo campechano y a una pregunta nuestra nos dijo que sus amigos ante la alternativa de com-

parle una casa, o una cuña, optaban por la cuña. Y así le voy dando cabestro a la vida, concluyó.

Rómulo Betancourt lo quería mucho. Fue su embajador en varios países: Dinamarca e Israel, entre otros. Cierta vez me llamó Nelly Blanco Yépez, de Pro-Venezuela, donde Vicente, ya jubilado de la diplomacia, iba con frecuencia; me llamó, repito, para decirme que el poeta estaba salido de madre y que consideraban que el único que podía meterlo en cintura era Rómulo. Que se encargara ya de eso. Hablé con Rómulo y éste me dijo que se ocuparía con todo interés del asunto, pues él apreciaba mucho al poeta.

Y me echó un cuento. "El partido necesitaba esconderme en una concha urgentemente y me llevaron donde Vicente y Consuelo. Vicente me recibió muy amable y Consuelo muy seria. Al día siguiente busqué otra concha, pero me quedó la espina del comportamiento de Consuelo. Después supe que la seriedad tenía un motivo: les caí en su noche de bodas".

Estando yo en Alemania, en oca-

sión de la Semana Verde, recibí una invitación de mi grande y recordado amigo Régulo Burelli Rivas para que regresara a Madrid y pasara con él unos días. En el avión me encontré con Vicente y Consuelo. Régulo se contentó mucho al verme acompañado de la pareja y nos atendió a cuerpo de rey. Fueron días inolvidables con ese erudito y humanista, como lo era Régulo. ¡Cómo recuerdo a un robusto hijo de Régulo, a quien yo apodé el alemán! Ya debe ser un hombre casado y con hijos. A lo mejor con nietos.

Yo creo que los dos grandes amores de Vicente fueron Consuelo y la poesía. Fue fiel a Consuelo hasta más allá de la muerte. Esa muerte tan presente en él para vivir, pero tan desesperadamente irreparable cuando le llegó a Consuelo.

Bien, quería recordar a Vicente en función del hombre. Del esposo ejemplar, del amigo consecuente, del ciudadano con el oído siempre pegado al pulso palpitante de su tierra venezolana.

Bien, por ello, todos los homenajes que la patria le debe.